

Recibido: Abril 30 de 2012  
Aceptado: Mayo 7 de 2012

# El complejo de masculinidad. Una mirada histórica



Jessica Benjamin  
Universidad de Nueva York

## ABSTRACT

*The author considers that the intrapsychic and the intersubjective viewpoints are not mutually exclusive, and claims there is need to keep a paradoxical tension within the theory. From this perspective, she questions the Freudian position of heterosexual complementarity, which denies this tension, and suggests, rather, that there is a mutually constitutive relationship between genders which leads, in turn, to the review of the Oedipus complex, as well as to the rewriting of the notions of masculinity and femininity.*

*Among the consequences of the aforementioned denial, the author emphasizes the repression of the overinclusive identifications, to which she attributes a very significant role throughout the history of the subject's life, from the renewed approach to the father figure (start of the pre-Oedipal, overinclusive phase), where she emphasizes the importance of identificatory love, which is homoerotic for both sexes, and the mirror-like recognitions, mutual idealizations, and the encouragement the child receives on the part of a third. The father's denial of identificatory love gives rise to the foreclosure of femininity and constructs masculinity as a defensive inversion of passivity and its consequences. Benjamin suggests there is a post-Oedipal phase, where object-love and identificatory love coexist in an overinclusive fashion.*

## RESUMEN

*La autora sostiene que los modelos intrapsíquico e intersubjetivo no se excluyen, así como la necesidad de mantener una tensión paradójica en la teoría. Desde allí plantea una crítica a la "gran diferencia" de la posición freudiana de complementariedad heterosexual, que niega esta tensión, y propone la relación mutuamente constitutiva de los géneros que conlleva la revisión del complejo de Edipo y la reescritura de las nociones de masculinidad y feminidad. Entre las consecuencias de la negación de esta tensión destaca la represión de las identificaciones sobreinclusivas, a las que atribuye un papel muy significativo a lo largo de la historia del sujeto, desde el acercamiento a la figura del padre (comienzo a la fase pre edípica sobreinclusiva), donde enfatiza la importancia del amor identificatorio, homoerótico para cualquiera de ambos sexos y la relación de reconocimiento especular, mutua idealización y potenciamiento del niño por parte del tercero. La denegación paterna de este amor identificatorio origina el repudio de la feminidad y construye la masculinidad como inversión defensiva de la pasividad y sus consecuencias. Plantea una fase post edípica en la que sobreinclusivamente existen el amor identificatorio y el amor de objeto.*

**DESCRIPTORES:** IDENTIFICACIÓN – ESPEJO – AMOR –  
IDENTIFICACIÓN PRIMARIA – FEMINEIDAD – MASCULINIDAD

**KEYWORDS:** OVERINCLUSIVE IDENTIFICATIONS – MIRROR –  
HOMOEROTIC IDENTIFICATORY LOVE – PRIMARY IDENTIFICATION –  
REPUDIATION TO FEMININITY – MASCULINITY AS INVERSION OF PASSIVITY

## *El complejo de masculinidad. Una mirada histórica*

La segunda ola de la teoría feminista<sup>1</sup> psicoanalítica tuvo su inicio en 1973 con Juliet Mitchell (1974), quien, leyendo a Freud a través de Lacan, adoptó sus ideas acerca de la femineidad entendiéndola como una relación con el falo que explicaría la gran diferencia<sup>2</sup> y el modo en que algunos seres humanos llegan a ser femeninos. A ella le parecía un don maravilloso el que Freud hubiera podido mostrar que las mujeres no nacen sino que se hacen, aunque la condición para ello fuera el hecho de que los hombres lo tienen y nosotras no<sup>3</sup>. Pero algunas de nosotras dijimos: no tan rápido, y nos decidimos a mirar dentro de la boca del caballo regalado: no nos entusiasmaban tanto sus dientes. Quizás, pensábamos, la gran diferencia ya es una reificación que no necesita tanto ser explicada en sus orígenes como desmontada, desempaquetada. Sería mejor, entonces, mostrar cómo trabaja esa diferencia más que determinar sus orígenes, y ver cómo el modelo freudiano de la sexualidad fálica estaba organizado por imperativos patriarcales y heterosexuales. Sus categorías, saturadas

---

<sup>1</sup> N. de E.: Los movimientos feministas, así como el psicoanálisis, son hijos de la modernidad, comparten la condición de pensamiento crítico. La primera ola de movimiento feminista podría caracterizarse como un movimiento que vuelca la crítica al mundo externo, acentúa la importancia de los factores sociales o sacrifica las nociones de inconciente y sexualidad. A partir de los años '70 los movimientos feministas recuperan el psicoanálisis como instrumento para el autoconocimiento, para comprender la construcción cultural de la diferencia sexual, la opresión, la violencia sexual y para reconstruir las formas de inclusión inconciente en el orden patriarcal. En ese contexto es que surge la obra de Juliet Mitchell, 1973.

<sup>2</sup> N. de E.: La gran diferencia remite al modo en que las percepciones de la anatomía y el cuerpo establecían las diferencias sexuales, pensadas dicotómicamente. El supuesto subyacente de la crítica es que aceptar la diferencia es más difícil que la igualdad porque si aceptamos realmente la diferencia ya no podemos repudiar la igualdad, que es lo que realmente ocurre, es decir aceptamos la real igualdad entre ambos sexos.

<sup>3</sup> N. de E.: Hasta 1923 Freud consideraba que el desarrollo sexual infantil de ambos sexos respondía a una cierta simetría, pero es a partir de 1923, en *La organización sexual infantil, El sepultamiento del complejo de Edipo* (1924) y en *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* (1925) donde surge con fuerza el falocentrismo y la castración, el tener-no tener y la sistematización de las relaciones entre el complejo de Edipo y la castración simbólica, que introduce la prohibición del incesto y con ello las leyes que organizan la cultura en la subjetividad. Ya para esa época varias mujeres psicoanalistas discuten el valor estructurante de la castración en la constitución del sujeto: Karen Horney (1924), M. Klein, (1928), Helene Deutsch (1925), incluso debe citarse el trabajo de Ernest Jones (1933).

con la historia del patriarcado, exponían el ADN psíquico del estilo de vida familiar tradicional. A pesar de estar hoy desarraigadas, esas formas de vida parecen ser capaces de crecer hidropónicamente incluso en culturas que las impugnan. Los análisis de la masculinidad escritos en la estela del feminismo de segunda ola surgieron de la deconstrucción de la pieza clave freudiana, el complejo de Edipo.

Analizar lo que yo denominé el modelo edípico significó, entre otras cosas, cuestionar el sentido psíquico del odioso tener y no tener binario: de qué manera la estructura así definida representa una configuración psíquica de sujeto y objeto, un binarismo en el cual tendencias opuestas tales como activo y pasivo, ser y tener, están escindidas más que mantenidas en tensión. Mi propia crítica al binarismo le debe mucho al grupo que compartí con Dimen (1991), Goldner (1991) y Harris (1991), quienes elaboraron sus propias perspectivas al respecto. Para resumir mi visión: lo que muchos pensadores freudianos vieron como la Ley paterna de separación yo lo visualicé como instituyente de una borradura de la subjetividad del otro femenino, una falsa diferenciación que frustra el reconocimiento de la diferencia, y una represión de la multiplicidad de las identificaciones sobreinclusivas<sup>4</sup>. Para ser breves, este “complejo” hipostasiaba la diferencia, organizando las categorías de *tener* la madre y *ser* la madre como opuestas.

Para delinear su forma esquemática, la fase edípica construye la masculinidad y la femineidad en tándem como negándose mutuamente, constituyendo mutuamente abstracciones (en otras palabras, en realidad cada una se constituye por ser la negación de la otra) como las que se expresan en la fórmula  $Y = \text{no } X$ ;  $X = \text{no } Y$ . Para Freud, la Y era primaria, y la femineidad era no Y. Este era el punto de fricción inicial. El feminismo de segunda ola invirtió la fórmula, poniendo a la madre en el centro, de tal modo que X pasa a ser primaria y la masculinidad se equipara a no X. En vez de poner el foco en que la niña tenga que “volverse” al padre, cambiar su objeto de amor, el trabajo de Robert Stoller (1968, 1973), luego desarrollado ampliamente por Nancy Chodorow (1978), introdujo la idea de que son los niños quienes deben cambiar su identificación primaria con una cuidadora mujer. Esto hace que la separación de la madre se torne más problemática, y que la diferencia sexual sea más preocupante pero

---

<sup>4</sup> N. de E.: La autora utiliza la noción de sobreinclusividad (Fast, 1984) no sólo para reformular la tensión y ambigüedad en la complementariedad de los géneros, las identificaciones, la multiplicidad de la fase sobreinclusiva sino incluso para referirse a las ideas. Plantea “una especie de espacio transicional en la teoría, que pueda abarcar las paradojas que surgen cuando se trabaja con perspectivas competitivas aplicables al mismo fenómeno” (2006, p. 41). Plantea incluso un psicoanálisis “sobreinclusivo” inspirado en los desarrollos teóricos deconstructivos y posestructuralistas.

también más empática para los niños. No es casual que este desarrollo teórico hundiera sus raíces en un modo relacional de pensar la identificación, y no en la primacía simbólica o anatómica de los genitales. De hecho, rechazaba la tentación de usar el símbolo de la vagina/útero para rebatir la supremacía del falo que supuestamente no tenía órgano opuesto (teoría freudiana del monismo fálico).

Esta inversión relacional fue un momento histórico necesario que abrió el camino a nuestra visión de la relación mutuamente constitutiva de las categorías de género, giro por el cual Irene Fast (1984) identificó la fase preedípica sobreinclusiva, en la cual los niños quieren ser y tener todo. No reconocen todavía el carácter excluyente de la diferencia anatómica; quieren lo que tiene el otro sexo, no en lugar sino además de lo que tienen ellos. Así los varoncitos imaginan que tienen una vagina y que llevan bebés adentro. Esta etapa fue luego amplificada al señalar sus críticos que se trataba más de una posición que de una fase, que lo edípico añadía otra posición pero *no* necesariamente tenía que reemplazarla<sup>5</sup>. De esta manera surgió una noción de la posición post-edípica, en la cual es posible oscilar entre la sobreinclusividad y la identificación con un solo género (Aron, 1995, Bassin 1994, Benjamín, 1997). En otras palabras, la posición edípica que escinde la diferencia, es sólo una parte en un *self* con múltiples partes. Todos estos movimientos precedieron a las reconstrucciones y nociones de multiplicidad más radicales que llegaron más tarde.

Volviendo 25 años atrás, podemos ver cómo el hecho de que el binarismo genérico sea mutuamente constitutivo hacía que la intención de invertir la noción clásica de feminidad exigiera la reescritura de la masculinidad. En mi caso, siendo madre de dos varones, he tenido la oportunidad de mantener el ojo atento a ambos campos, por así decirlo. Mi observación de los niños pequeños me ayudó a refutar la insistencia de Mitchell (1974) en que el camino hacia la comprensión de la sexualidad de las niñas sigue pasando por la envidia del pene. En su perspectiva lacaniana, la diferencia debe ser establecida por el falo (y el complejo de castración). La oposición pene-vagina, meramente anatómica y sin entidad psíquica simbólica, no podría crear diferencia. Pero, fuera de las obvias refutaciones a este fracaso en el modo de simbolizar los órganos femeninos, realizadas originariamente por Horney (1924, 1933), ¿qué podríamos hacer con la envidia del pene? Mi argumento era que lo que la niña buscaba no era el pene, sino una relación de identificación con el padre. La idea era poner a Freud cabeza abajo y mostrar que las niñas deseaban al padre,

---

<sup>5</sup> En la fase preedípica sobreinclusiva, la castración significa la amenaza de “perder” lo que el otro tiene —en la fase edípica se refiere a la amenaza de perder lo que uno tiene—, precisamente porque uno está tratando de tener lo opuesto, el otro sexo, pero las dos son mutuamente excluyentes.

y por eso al pene, más que querer el pene y volverse al padre para obtenerlo. Es como si Freud se hubiera preguntado frecuentemente, si no siempre, qué otra cosa podía ser un padre para las niñas, o para los chicos en general, más que un rival o un prohibidor.

Para mí, que desde la infancia había tenido una relación de mucho amor con mi padre, aunque luego se tornara más compleja, y un hermano mayor empeñado en enseñarme a afincarme en los fundamentos y a ser una intelectual de verdad, todo eso sonaba emocionalmente equivocado. Lo que sí sonaba bien era que las niñas podrían querer usar al padre en el modo tradicional que ya era descrito en la literatura de aquel tiempo: como una figura de identificación que sostiene la separación de la madre, como el progenitor que va y viene, como aquél que representa el mundo externo, etc., etc. ¿Por qué ellas no podrían usarlo de este modo tanto como los varones?

Fue así que esas especulaciones me llevaron a reconstruir lo que a mi entender se estaba diciendo acerca del amor preedípico del niño a su padre. Una imagen sintética de ello podía ser la historia de una madre que le decía a su hijo de dos años que él y su papá eran tan parecidos como dos gotas de agua, a lo cual el niño exclamaba con gran entusiasmo: “¡Decilo de nuevo, mamá!”. A partir de la observación de deambuladores en la subfase de acercamiento activo, me pareció que la vivencia de declarar el propio deseo comenzó a desplazar la cosa en sí misma; la urgencia estaba puesta en la frase “quiero eso”, la práctica de la aventura amorosa con el mundo comenzó a tomar la forma de una relación amorosa con el padre que representa el mundo. La naturaleza de este amor es identificatoria (relacionada al ser, no al tener el objeto de amor). Completamente diferente del amor edípico, que se basa en la estricta separación entre ser y tener, y por lo tanto en el tabú de tener el objeto igual<sup>6</sup> –separación que instituye la heterosexualidad–. El amor identificatorio homoerótico forma la base para sentirse uno mismo un sujeto de deseo. Pero este amor identificatorio requiere a cambio el reconocimiento, el padre que dice “puedo verme en vos, reconocer tu deseo como mi deseo”.

El amor identificatorio homoerótico –una relación de reconocimiento especular, gemelar, sujeto-a-sujeto, de aquello que puede ser entendido como deseo– podría entonces diferenciarse del amor edípico del otro (sea quien o lo que sea el que aparezca como tal). Es en esto que me distancié de Abelin (1980), que insistía en que esta relación temprana era triangular y edípica,

---

<sup>6</sup> N. de E.: En inglés *like object*. Remite a la ambigüedad del título de su obra *Like subjects, love objects, Sujetos iguales, objetos de amor* que expresa la tensión entre la igualdad y la diferencia entre los sexos y que refiere a la posibilidad de identificación y simultáneamente reconocimiento del otro externo como centro separado y equivalente de subjetividad.

que el niño quiere a la madre como el padre lo hace, más que querer al padre (todavía seguimos argumentando al respecto). Me sentí apenada por mi instructor freudiano, quien nos contaba cómo su pequeño hijo venía corriendo a recibirlo en la puerta gritando “¡fuera, fuera!” cuando él salía del ascensor, y pensaba que el niño quería que lo dejara solo con la madre, con quien él había estado en casa todo el día. Yo estaba muy segura de que lo que ese niñito quería, al igual que mi propio hijo de la misma edad, era que el padre *lo sacara a él afuera*. Pienso que este deseo de salir coincide con lo que Ken Corbett (2009) ha observado en sus pequeños pacientes varones, que parecen estar centrados no en desear a la mamá sino en ser grandes y fuertes y más grandes y fuertes que alguien cuyo poder respetan.

Ahora bien, ¿cuál es el punto de todo esto? Fuera de la continua aparición de este amor identificatorio en la transferencia como un deseo o anhelo de reconocimiento homoerótico –tanto con el mismo género como con el opuesto–, el punto que muchas veces se pasa por alto es que este tipo de amor no es lo mismo que el amor de transferencia convencionalmente concebido. Entre otras formas en que el amor identificatorio homoerótico difiere de aquella transferencia erótica, está el hecho de que le es necesario al niño, creemos, para hacer frente a la necesidad de espejamiento, para la mutua idealización y reconocimiento, para potenciar y desarrollar la grandiosidad gozosa y superar la deflación y vergüenza de no ser grande ni poderoso, incapaz de ganar la atención y el reconocimiento del progenitor externo<sup>7</sup>. Pero, más allá de esto, ¿de qué modo esta noción de amor identificatorio al padre se mantiene relevante para entender la masculinidad, una vez que afirmamos que la figura de apego y la excitante figura de separación no necesitan estar tan escindidas, que las madres pueden ser tanto excitantes como seguras, que los padres pueden nutrir, y que (seguramente con algún costo social), los muchachos pueden ser afeminados, las chicas masculinas, las madres papás y los padres mamás, y todo el mundo puede ser cualquier cosa, o ninguna, en tanto que la anatomía y el destino también pueden ser invertidos? Además de mostrar que lo que Freud vio como envidia del pene (también para los varones) puede ser reformulado como un evento relacional, hay un potente significado en la idea de que el reconocimiento de la identificación y el deseo amoroso que el otro tiene de ser “igual” es tan importante como el estar apegado de un modo seguro a la fuente de bondad. El

---

<sup>7</sup> Retrocediendo al momento en que yo expuse esta noción por primera vez, la psicología del *self* había adoptado abiertamente la necesidad que todos tenemos de idealización y espejamiento, pero omitiendo sus aspectos eróticos y de género; por otro lado, habían constantes catástrofes en los análisis freudianos al denigrarse esta necesidad de mutua idealización (junto con la homosexualidad), y de omitir la necesidad de espejamiento y reconocimiento, en tanto que el analista trataba de retener la posición fálica del conocimiento como poder.

rechazo de esa necesidad de reconocimiento puede ser fatal y mutilador. Cuando la figura paterna, la excitante figura de separación (llamémoslo así por ahora) es inaccesible, despectiva, avergonzadora, humillante, rivalizadora –sea porque le teme a su propio amor por el hijo varón o por envidia a las gratificaciones del varoncito con la madre– ese rechazo intensifica la escisión entre ser el bebé de mamá y el hijo de papá. El rechazo de esta necesidad de amor identificatorio envenena la fuente del deseo y la subjetividad.

Ruth Stein (2010) sostuvo que el trauma por el despectivo rechazo por parte de su padre condujo a Mohamed Atta<sup>8</sup> a su amor idealizado y autoinmolatorio por Dios Padre y a su violenta afirmación del poder para destruir a otros. Adicionalmente, el desprecio del padre por el vínculo del niño pequeño con su madre funda la denigración patriarcal de la mujer, dissociada pero poderosamente corruptora. La exageración de la escisión edípica entre ser y tener, señala Judith Butler (1995), significa que uno ni muerto se dejaría atrapar siendo lo que quiere tener o poseer. Mientras que ella enfatiza la identificación melancólica del niño con el amor homosexual rechazado: “Nunca lo amé, nunca lo perdí”, yo pongo el foco en las terribles consecuencias de la frustración de la mayor parte del amor que “nunca se perdió” –al modo de una identificación pre-melancólica, primaria como lazo emocional–. Una relación sadomasoquista con el padre da lugar a una necesidad de repudio del *self* del bebé, al miedo a una penetración paterna y una sumisión humillante, jugada en el vínculo adulto de dependencia respecto de mujeres o varones.

Una lectura cuidadosa de Freud propone estos temas como potentes tropos del patriarcado, que siguen girando a través de nuestro éter. Lewis Aron (1993) ha expuesto brillantemente cómo el rechazo de Freud hacia el amor de Ferenczi se plasmó en su tratamiento de la homosexualidad y la paranoia. De un modo particularmente relevante, surge ahí que el rechazo que Freud sufrió de parte de su padre y la desidealización que el creador del psicoanálisis operó sobre aquél –consagrados como el conflicto edípico– en realidad lo condujeron a repudiar a su madre y a las cualidades maternas, mientras que Ferenczi, que se había sentido gratificado por la relación con su padre pero encontró a su madre punitiva e inaccesible, se sentía cómodo siendo maternal.

Sugiero que la denegación histórica de este fenómeno de amor identificatorio por el padre inspiró tanto el repudio de la feminidad como el miedo a que la madre devoradora y destructiva arruine la masculinidad. Lo interesante es que nos encontramos con este reconocimiento soterrado en el mismo Freud,

---

<sup>8</sup> N. de T.: Mohamed Atta fue señalado como uno de los autores del atentado terrorista contra el World Trade Center en septiembre de 2001.



en la idea de que la masculinidad está virtualmente constituida por el repudio de la feminidad. Un *insight* de este proceso me fue sugerido por la discusión que hizo Christiansen (1993) del artículo de Freud de 1896, *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa*. Freud observaba allí que la posición obsesiva en la actividad defensiva es el modo característicamente masculino de lidiar con la sobreestimulación, rescatando al niño de la intolerable posición pasiva de sometimiento impotente a la estimulación. Esta pasividad, que Freud llama femenina a pesar de sus continuas marchas atrás, es el problema que la construcción de la masculinidad tiene por meta resolver. Incluye la dependencia respecto de un otro materno que puede no estar disponible o atento a mitigar los efectos de tal impotencia. Dado que por definición la masculinidad está constituida como no femenina, pasa a ser central la pregunta acerca de qué es lo que se está repudiando. Freud no puede evitar denominarla pasividad, la cual debe ser moldeada en favor de la actividad defensiva. La lectura de Christiansen demuestra que Freud implícitamente explica que la actividad masculina se origina en la inversión defensiva de la pasividad, el sometimiento desamparado a una estimulación abrumadora. Se trata del mismo desamparo ante la sobreestimulación del cual la actividad de la madre originalmente protegió al niño. Es otro elemento de la inversión defensiva de la complementariedad, mediante el cual el varón le dice a la madre: “Tú eres ahora el bebé desamparado, que yo ya no soy”.

De hecho, Freud insistía en que la feminidad no estaba constituida por la identificación con la madre porque la madre es activa. Más que simplemente rechazar esta afirmación, me parece valioso considerar la crítica lacaniana a la posición de identificación con la madre, la cual, siguiendo a Chodorow (1979), yo he adoptado. ¿Cómo explicamos la diferencia? ¿Qué pasa si identificarse con la madre no es de hecho lo mismo que ser lo que el patriarcado define como femenino, y por lo tanto la masculinidad no se define simplemente como oposición a lo maternal? Sigo pensando que contener el afecto y acomodarse al ritmo del otro son codificados como funciones maternas y desafiados por la afirmación masculina convencional; esas actitudes significan especialmente pasividad en relación a otros hombres (en realidad, están muy lejos de ser pasivas, y constituyen una capacidad para tolerar la diferencia, pero esa es otra historia). Pero lo que Freud llama la madre fálica activa también se opone a la posición de hija, que encarna lo clásicamente femenino, que es lo que Freud realmente está bosquejando. Antes aún de que Freud hubiese escrito sus ensayos acerca de la feminidad, Horney (1924) argumentó que su perspectiva acerca de la niña tiene una llamativa semejanza con el punto de vista del niño pequeño en la fase edípica. Igual que Horney pienso que esa posición es la



creación de la mente edípica del niño, un extendido mandato en la cultura, y por consiguiente ilumina la masculinidad edípica.

En otras palabras, la visión freudiana de la feminidad refleja la verdad de la necesidad del niño edípico de crear proyectivamente un objeto que pueda contener excitación, agresión, actividad afectiva y también dar lugar a la pasividad. Esta proyección crea la posición de hija como una solución doble al problema de la pasividad sexual tal como la encontramos representada por Freud, y corresponde a la imagen clásica de hija, aquella que según Freud debe volverse hacia el padre. Este pensamiento realiza una doble movida: la hija como objeto pasivo femenino ahora se convierte, vía ecuación simbólica, en un receptáculo para la descarga activa del *self* masculino; y también, vía identificación proyectiva, se coloca ahora, en la figura del “masoquismo femenino”, sometida al padre o al macho potente, que amenaza al niño edípico. La criatura marcada como femenina toma el rol de acomodarse y absorber la tensión inmanejable, como una madre contenedora sólo que más controlable. En esta movida, la madre es escindida: su aspecto de acomodación es atribuido a la hija o hermana, y su aspecto activo organizador, llamado madre fálica o anal, es recodificado como masculino y atribuido al padre. La vagina es invisible, no puede tragarse al niño pequeño. La idea fálica de sostenerse a sí mismo en vez de estar sostenido por alguien, permite al niño correrse de la posición de ser el pequeño bebé (=niña) de la madre. Incluso he visto niños en edad edípica llamando insistentemente “ella” a un bebé del cual ellos sabían muy bien que era el hermanito varón de otro chico.

Si la lógica de Freud refleja el proceso psicológico de creación de masculinidad, entonces podemos entender que la feminidad no es una “cosa” o “esencia” preexistente que es repudiada por el psiquismo macho, sino que más bien está construida por él en un esfuerzo de superar una relación pasiva y dependiente de una madre activa que está prohibida, una renuncia dictada por el decreto edípico de ser un pequeño hombre. En esta línea, Brennan (1992) elaboró el modo en que la feminidad define la posición de aquél que carga con la ansiedad o el afecto no procesado del otro mientras da energía y atención. Tanto hijos como hijas pueden ocupar esa posición en relación a cada uno de los progenitores, y por ende ser “feminizado”. Mi descripción, como la de ella, intenta ser estructural, no necesariamente algo que pueda ser reproducido por individuos. Como una estructura transmitida culturalmente, la así llamada Ley paterna de separación exige que la masculinidad deba formarse tanto por el abandono del apego infantil a la madre como por la desidentificación con ella, sea eso posible o no<sup>9</sup>. En la vida real, como señala Ken Corbett (2009) en

<sup>9</sup> La lectura que Brennan (1992) hace de Freud muestra que en su teoría hay una “salida” intersubjetiva: un intercambio entre lo externo y lo interno, entre el sí mismo y el otro. El otro

su crítica del historial de Juanito, la madre no es para el niño pequeño sólo un objeto abstracto de deseo, un objeto de adoración perdido, sino una persona que tiene que satisfacer una gran variedad de necesidades relacionales, incluida la validación triangular del amor del niño por la pareja de ella. En este sentido el Juanito de Freud está perdido para sí mismo. El narcisismo fálico es un pobre sucedáneo del apego, la dependencia y el compromiso con un progenitor seguro que reconoce los esfuerzos identificatorios, de amor e individuación del deseo del niño por mantener aspectos del apego infantil. Ciertamente, eso deja librado al niño a vivenciar su identificación con la pasividad o la acomodación como algo vergonzoso y sujeto a sanciones.

El modo en que Freud iguala feminidad con pasividad refleja una apariencia real, pero su explicación se centra en la manifestación reificada del falo. De todos modos, sus observaciones no contradicen nuestro pensamiento, que muestra cómo una formulación odiosa de la diferencia mitiga el estrés de la separación. Aún así, lo que hemos llegado a saber con nuestra propia carne y sangre, así como a través de la crítica a su teoría, es que esta construcción de la masculinidad no es esencial. Concluyo formulando una pregunta: ¿y si el repudio del amor identificatorio homoerótico entre padres e hijos varones fuera constitutivo del miedo a la pasividad, el repudio a la madre y la creación proyectiva de lo femenino?

Se me ocurre parafrasear la lacaniana feminista renegada Jane Gallop, quien hizo frente a aquel tardío rechazo defendiendo un posible amor heterosexual en su trabajo *Phallus/Penis: Same Difference?* (1981). Al proponer que podría haber un pene real que afirmaría, comprometería, encontraría y gratificaría a una vagina, opuesto al falo ideal que establece la diferencia como negación del otro sexo, ella concluye preguntando “¿y si hubiera un pene?”. Quizás, a la luz de nuestra comprensión de las vulnerabilidades de la masculinidad, nosotros podríamos preguntar: ¿y si en vez del patriarcado o la ley del Padre, hubiera simplemente un padre? ¿O deberíamos decir, el amor de un padre?

---

tiene que recibir o contener lo que el sujeto pone fuera. En términos de tensión dinámica ésta pasa de lo interno a lo externo. En estos roles específicos hay una pérdida de tensión pero no se puntualiza cómo se conectan lo interno y lo externo.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abelin, E. L. (1980). Triangulation, the role of the father and the origins of core gender identity during rapprochement subphase. En: R.F.Lax, S.Bach y J.A. Burland (Comps.), *Rapprochement: the critical subphase of separation-individuation* (pp. 151-170). Nueva York: Aronson.
- Aron, L. (1995). The internalized primal scene. *Psychoanalytic Dialogues*, 5(2), 195-237.
- Aron, L. (1994). Who is overlooking whose reality?: commentary on Tabin's "Freud's shift from the seduction theory: some overlooked reality factors. *Psychoanalytic Psychology*, 11(2), 291-302
- Bassin, D. (1997). Beyond the he and she: postoedipal transcendence of gender polarities. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 44(suppl.), 157-189
- Benjamin, J. (1997). *Sujetos iguales, objetos de amor: ensayos sobre el reconocimiento y la diferencia sexual*. Buenos Aires: Paidós
- Brennan, T. (1992). *The interpretation of the flesh*. New York: Routledge.
- Butler, J. (1995). Melancholy gender-refused identification. *Psychoanalytic Dialogues*, 5(2), 165-180.
- Chodorow, N. (1978). *The reproduction of mothering: psychoanalysis and the sociology of gender*. Berkeley: University of California Press. [Versión castellana: (1984). El ejercicio de la maternidad: psicoanálisis y sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos. Barcelona: Gedisa].
- Chodorow, N. (1989[1979]). Gender, relation and difference in psychoanalytic perspective. En: *Feminism and psychoanalytic theory* (pp. 99-113). New Haven: Yale University Press.
- Christiansen, A. (1996). Masculinity and its vicissitudes: reflections on some gaps in psychoanalytic theory of male identity formation. *Psychoanalytic Review*, 83(1), 97-124.
- Corbett, K. (2009). Little Hans: masculinity foretold. *Psychoanalytic Quarterly*, 78(3), 733-764.
- Deutsch, H. (1925) Psychology of women in relation to the function of reproduction. *Int. Journal of Psychoanalysis*. 6: 405-418)
- Dimen, M. (1991). Deconstructing difference: Gender, splitting, and transitional space. *Psychoanalytic Dialogues* 1 335-352.
- Fast, I. (1984). *Gender identity: a differentiation model*. Hillsdale: Analytic Press.
- Freud, S. (1923) La organización genital infantil. Una interpolación en la teoría de la sexualidad. vol.19. p.141-150. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. (1924) El sepultamiento del complejo de Edipo. vol.19. p. 177- 187. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1933[1932]) La feminidad 33ª. Conferencia. Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. Vol. 22 p. 104-124. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1925) Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. Vol. 19. pp. 259- 275. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gallop, J. (1981). Phallus/Penis: Same difference? En: *Men by women. Women and Literature*. New series. Vol.2 Holmes and Meier.
- Goldner, V. (1991), Toward a critical relational theory of gender. *Psychoanalytic Dialogues 1*, pp. 249-272.
- Harris, A. (1991) Gender as contradiction: A discussion of Freud's "The psychogenesis of homosexuality in a woman". *Psychoanalytic Dialogues 2*, pp. 197-224.
- Horney, K. (1967[1924]). On the genesis of the castration complex in women. En: *Feminine psychology* (pp.37-54). New York: Norton.
- Horney, K. (1967[1933]) The denial of the vagina. En: *Feminine psychology* (pp. 147-162). New York: Norton.
- Klein, M. (1964 [1968]). Los primeros estadios del complejo de Edipo. En *El psicoanálisis de niños*. Buenos Aires: Hormé.
- Jones, E. (1933) The early development of female sexuality. *Int. Journal of Psychoanalysis*. 14: 459-472.
- Mitchell, J. (1974) *Psicoanálisis y feminismo*. Barcelona: Anagrama
- Stein, R. (2010). *For love of the father: a psychoanalytic study of religious terrorism*. New York: Karnac.
- Stoller, R. (1968). *Sex and gender*. New York: Science House.
- Stoller, R. (1985[1973]). Facts and fancies: an examination of Freud's concept of bisexuality. En: J. Strouse (Comp.), *Women and analysis* (pp. 340-363). Boston: G.K. Hall.